

Por Qué Diezmar

Escrito por Valter Dobelin

Diezmar es un acto de adoración. Es, sin duda, la forma que Dios proveyó para que todo el mundo conociese al Dios Creador, pero, sobre todo, representa un acto de adoración.

El diezmo fue establecido por Dios para que fuese una bendición al hombre. Es un contrato que Dios hace con el hombre. Es Dios quien da forma al contrato y el gran favorecido es el hombre. Entramos con el 10 % y Él con la responsabilidad de bendecir. Es como si dijese: «Yo doy el 100 % y ustedes me devuelven el 10 %». Dios caracteriza el diezmo de la siguiente manera:

«Y santos son para el Señor» (Lev. 27:30).

¿Qué significa «santo»? Separado. Entonces, si Dios lo separó, lo hizo por un motivo muy especial, y debe ser tratado como Él ordenó. No estamos incluyendo aquí a aquellos para quienes los diezmos fueron direccionados.

No Tocar Lo Que Es Consagrado a Dios

Volvamos nuestra mente al tiempo en que el pueblo de Israel estaba conquistando la tierra de Canaán. Dios dio instrucciones a Josué con respecto a la destrucción de Jericó, y este, al pueblo:

«Entonces dijo el Señor a Josué: He entregado en tu mano a Jericó, a su rey y a sus valientes» (Josué 6:2).

«Guardaos solamente de las cosas condenadas, para que, habiéndolas condenado, no las toméis; y así hagáis maldito el campamento de Israel y lo confundáis. Pero toda la plata, el oro, los utensilios de bronce y de hierro son consagrados al Señor; irán para Su tesoro» (Josué 6:17, 18).

Aquí queremos extraer esta lección: sobre lo que sucede a aquellos que son infieles, son hallados en falta en relación con lo que pertenece a Dios y debe ser consagrado a Él.

Veamos: Josué decidió atacar la ciudad de Hai inmediatamente después de la victoria dada por Dios: la caída de Jericó. Espías fueron enviados a aquel lugar y volvieron con la información de que una pequeña fuerza era suficiente para derrotar la ciudad.

Cuando pusieron el plan en acción, solamente tres mil hombres fueron enviados, pero estos huyeron delante de los moradores de Hai. Josué rasgó sus vestidos, se postró en tierra sobre su rostro delante del arca del Señor hasta la tarde y oró:

«¡Ah, Señor Dios! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en manos de los amorreos, para que perezcamos?... ¡Ah, Señor! ¿Qué diré?...» (Josué 7:7, 8). La respuesta de Dios fue inmediata:

«Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?» (Josué 7:10). «No estaré más con vosotros si no elimináis de entre vosotros las cosas condenadas» (versículo 12).

En los versículos siguientes a estos, cuando leemos la confesión de Acán, vemos que tomó y escondió tres cosas: un manto babilónico, doscientos siclos de plata y una barra de oro del peso de cincuenta siclos.

El manto babilónico formaba parte de las cosas que debían ser quemadas. La plata y el oro no debían ser quemados, sino traídos a la casa del tesoro, pues eran consagrados al Señor.

Las cosas que Acán tomó se convirtieron en maldición para sí, para su familia y para los hijos de Israel.

Aquello que es consagrado a Dios, si es codiciado y retenido por nosotros, se convertirá en maldición para nosotros, para nuestra familia y, hasta, para nuestra iglesia.

Podemos entender, por este contexto, por qué muchos cristianos están trayendo maldición sobre sí mismos, sobre sus familias y sobre la iglesia. Aquel que retiene el diezmo para sí está practicando la obra de Acán, pues está tomando de aquello que Dios consagró y ordenó que fuese llevado a la casa del tesoro.

Comentando sobre este hecho, Elena G. de White en *Patriarcas y Profetas*, pág. 526, escribe: «Entre miembros de la iglesia, considerados idóneos y cumplidores del deber, existen, triste es decirlo, ¡muchos Acanes! Muchos hombres vienen majestuosamente a la iglesia y se sientan a la mesa del Señor, mientras que entre sus posesiones se hallan ocultas ganancias ilícitas, cosa que Dios ha maldecido».

Acán confesó su pecado, pero era tarde. Esperó todo el proceso de juicio hasta que fuese señalado como culpable para, solo entonces, decir el mal que había practicado.

Si nos sucede a nosotros caer en esta tentación y esperar hasta el juicio final, cuando todas las cosas serán puestas al descubierto, para confesar robo en el diezmo o en las ofrendas, nuestra confesión mostrará solamente que nuestra condenación es justa.

El Diezmo y el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal

El diezmo está, hoy, para los cristianos, así como el árbol del conocimiento del bien y del mal estaba para Adán y Eva, en el paraíso. En el paraíso Dios dijo:

«De todo árbol del huerto podrás comer libremente, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás» (Génesis 2:17).

Dios separó algo que no podía ser tocado por el hombre. Con relación al diezmo, Dios pide que reservemos el 10 % de todo lo que ganamos: «También todas las décimas de la tierra, tanto de los cereales del campo como de los frutos de los árboles, son del Señor; santas son al Señor» (Lev. 27:30).

Adán y Eva tocaron lo que Dios separó, y, además de otras consecuencias, fueron expulsados del paraíso; y nosotros, si tocamos el diezmo, además de otras consecuencias, podríamos quedar fuera de la ciudad que Dios está preparando para los fieles.

Hay una ley, en nuestro país, que da el derecho de posesión al individuo que cuide de una propiedad, por sus propios medios, por más de cinco años. Pero la economía del cielo no conoce ese tipo de ley.

Podemos hacer uso de una propiedad por cinco, diez años o por toda la vida, pero Dios sigue siendo dueño de todo. Un día deberemos rendir cuentas a Dios del uso que hayamos hecho de Su propiedad.

¿Robará el Hombre a Dios?

Un texto muy usado cuando se trata sobre el diezmo está en Malaquías 3:8-11, que dice:

«¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me robáis, y decís: ¿En qué te robamos? En los diezmos y en las ofrendas. Con maldición sois maldecidos, porque a Mí me robáis, vosotros, la nación toda.

Traed todo el diezmo al granero del templo, para que haya alimento en Mi casa; y probadme ahora en esto, dice el Señor de los Ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Reprenderé también por vosotros al devorador, para que no os destruya el fruto de la tierra; y la vid en el campo no os será estéril, dice el Señor de los Ejércitos».

Dios considera robo tocar el diezmo. ¿Robará el hombre a Dios? ¿Es posible robar a Dios? Dios dice que sí.

Vamos a ejemplificar: si tomamos algo que no nos pertenece, seremos culpables de uno de los varios tipos de crímenes: el hurto.

Consideremos que dejas tu bicicleta en la acera, frente al supermercado donde harás tus compras. Alguien se encanta con tu bicicleta y se la lleva. ¿De qué es culpable esa persona? De hurto.

Alguien invade tu casa y se lleva tu bicicleta que estaba allí cerrada. ¿De qué es culpable? De robo.

Aún una tercera situación: estás dando un paseo con tu bicicleta cuando alguien la toma sin tu permiso y además hace amenazas, en caso de que esboces alguna reacción. ¿De qué es culpable esa persona? De asalto.

¿Está Dios presente cuando nosotros tomamos del dinero reservado al diezmo? «...todas las cosas están desnudas y patentes a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (Hebreos 4:13). ¿Permitió Él que lo tomásemos?

No podemos hacer uso de aquello que Dios reservó para Sí. Pero, si lo hacemos, ¿cuál será la consecuencia? Maldición: «Con maldición sois maldecidos» (Malaquías 3:9).

Una de las maldiciones que Dios enviaría a los que no obedecieran Sus estatutos está descrita en Deuteronomio 28:38:

«Sacarás mucha semilla al campo, pero recogerás poco, porque la langosta la consumirá».

Esta maldición afectará principalmente el área financiera, porque, si la langosta va a consumir la plantación, no habrá cosecha.

Puede que no tengas una plantación, pero tienes un campo donde gastas tu tiempo y tus energías sembrando para ganar el pan de cada día.

¿Ya identificaste alguna langosta en tu plantación? ¿Una enfermedad, un perjuicio financiero, pérdida de empleo, etc.?

¿Castigo de Dios? No. La consecuencia natural de la desobediencia es perder la bendición.

En el versículo 10 de Malaquías 3: «Traed todos los diezmos al granero del templo...»; es un orden.

El diezmo no es cuestión de fe, es cuestión de obediencia. O obedecemos o desobedecemos.

¿Dios castiga si desobedecemos? «El Señor corrige al que ama, y azota a todo el que recibe por hijo» (Hebreos 12:6).

Hay gente «recibiendo azotes» por cuestiones financieras debido a la desobediencia e infidelidad. Son fieles de vez en cuando.

En un matrimonio, por ejemplo, ¿cuánta fidelidad están dispuestos a aceptar los cónyuges? ¿Ya pensaste? Si preguntamos a jóvenes que se preparan para el matrimonio sobre el mínimo de fidelidad que aceptarían, la respuesta sería, sin duda alguna: «100 %».

Nadie aceptaría menos que eso. ¿Por qué? Porque menos que eso no es fidelidad. Hay hasta quienes perdonan la infidelidad. Dios también perdona, pero no puede bendecir a alguien que le es infiel. La cuestión no es si diezmamos o no, sino cuán honesto es nuestro diezmo.

¿Para Qué Sirve el Diezmo?

Algunos cristianos consideran correcto enviar su diezmo a otro campo, asociación o iglesia, pensando que de esa manera están cooperando con otro campo que está más necesitado.

Quien así procede puede estar, incluso, cooperando de alguna forma, pero estará perdiendo los beneficios de la adoración y de la bendición.

En el libro de Malaquías, Dios dice que el diezmo debe ser traído, no enviado.

Existen también aquellos hermanos que distribuyen su diezmo en la propia iglesia. Teniendo conocimiento de alguna área o ministerio que está en dificultad, entienden que su diezmo puede minimizar el problema.

Sin embargo, esas necesidades deberían ser atendidas con ofrendas voluntarias y no con el diezmo. Esta forma de emplear el diezmo significa tomar de aquello que no les pertenece.

«Para que haya alimento en Mi casa», dice el versículo 10 del capítulo 3 de ese mismo libro. ¿Cómo habrá alimento si lo que traemos es dinero?

El diezmo que entregamos se transforma en alimento, ropa, calzado, etc. ¿Para dar a los pobres? No, para sostener a los predicadores del evangelio.

El dinero que traemos se usa para pagar alquiler, agua, luz, teléfono y otros gastos. ¿De los necesitados? No, de los obreros que predicán el evangelio.

El diezmo que traemos a la casa de Dios se transforma en sustento: aquellos que son sostenidos por él se alimentan de la Palabra para alimentar al rebaño.

Es lo que esperamos cuando vamos a la iglesia. Queremos ser bien alimentados. Queremos pastores bien preparados que den el mejor alimento posible. Deseamos ser nutridos para la semana

entera con alimento espiritual de primera. Pero esto solo será posible si hay «alimento en Mi casa», dice Dios.

Mucha gente critica a los pastores cuando estos tienen buenos autos, viven en buenas casas, como si la carrera pastoral debiese ser la peor de todas las profesiones.

Trabajar para Dios es la mejor profesión del mundo. Es trabajar para el jefe más rico y más justo que existe.

Los pastores deben ser referencia donde estén. Las personas deben mirar a los pastores y decir: «Este realmente es un representante de Dios».

Lo que los miembros de la iglesia deben desear es que el Señor se manifieste en la vida de ellos en todas las áreas. La unción es importante, el alimento también lo es. Vale la pena oír al ungido del Señor bien alimentado.

Del alimento que reciban, también recibiremos nosotros. Si ellos son bendecidos, todos lo seremos, porque traerán el mejor alimento en la casa del Señor.

Probar a Dios

¿Podemos poner al Señor a prueba? Sí. Él mismo se pone a disposición para ser probado y además pone Su firma: Señor de los Ejércitos.

«Probadme ahora en esto». ¿Acaso Dios pone Su Nombre en algo que no puede cumplir? En inglés, el texto de Malaquías 3:10 dice que no tendremos lugar o espacio suficiente para recibir las bendiciones que Dios va a derramar.

En el versículo 11 del mismo capítulo encontramos lo siguiente: «Por amor a vosotros reprenderé al devorador».

¿Qué son los devoradores? Aquellos que viven en el campo y trabajan en la labranza conocen bien a los devoradores.

El profeta Joel advierte al pueblo sobre la situación de la nación a causa de los devoradores. Estos son identificados por langostas y por la sequía.

Para aquellos que viven en la ciudad, otros son los devoradores: perjuicios financieros, pérdida de empleo, enfermedades, y otros tantos.

Aprendemos en las Escrituras que Dios da autoridad contra el demonio. Estamos aprendiendo, aquí, que es Dios quien reprende al devorador.

Pero a través del diezmo, indirectamente, nosotros también podremos reprender.

Quién Debe Administrar el Diezmo

Otra cuestión que debe ser bien entendida es la de la administración del diezmo.

Si alguien piensa que su diezmo está siendo mal aplicado, y, por eso, tiene dudas en cuanto a entregarlo o no, debe entender que el juicio divino tiene su base en la sinceridad de aquel que da y no en los resultados de la aplicación cuando ya está en manos de los administradores.

«Aquellos que con espíritu de sacrificio y consagración devuelven a Dios las cosas que le pertenecen, como de ellos es requerido, serán recompensados de acuerdo con sus obras.

Aunque los medios así consagrados sean mal empleados, de modo que no alcancen el objetivo del dador – la gloria de Dios y la salvación de las almas – aquellos que hicieron el sacrificio con sinceridad de alma, buscando únicamente la gloria de Dios, no perderán su recompensa» (Mayordomía y Prosperidad, pág. 179).

«Algunas personas descontentas dicen: No voy a pagar mi diezmo porque no tengo confianza en la manera como se hacen las cosas en el corazón de la obra. Pero, ¿robaríais a Dios por pensar que la administración de la obra no es correcta? Haced vuestra reclamación clara y abiertamente, dentro del espíritu correcto, a quien corresponda.

Enviad vuestra petición para que las cosas sean esclarecidas y puestas en orden; pero no os apartéis de la Obra de Dios, probándoos infieles, por el hecho de que otros no estén actuando correctamente» (Mordomía y Prosperidad, pág. 93).

En un artículo escrito en 1890, titulado: *Existing Evils and Their Remedy* (Males Existentes y Su Remedio), la misma autora escribió:

«Vosotros que habéis retenido vuestros medios de la Causa de Dios, leed el libro de Malaquías y ved lo que se dice allí con relación a los diezmos y las ofrendas.

¿No percibís que estáis obrando mal, bajo cualquier circunstancia, al retener vuestros diezmos y ofrendas por no concordar con todo lo que vuestros hermanos hacen? Es posible que pastores indignos estén recibiendo de los medios así levantados; pero, ¿tendría alguien valor, por esa razón, de apoderarse ilícitamente de los tesoros de Dios, haciendo recaer sobre sí la maldición del Señor? Yo no tendría valor...»

La antigua serpiente todavía está en el árbol y, esta vez, parece estar diciendo: «Dios no quiere que mandes tu diezmo a la iglesia o a la organización que lo administra.

La iglesia está en terrible apostasía. ¿Crees que Dios quiere que tu diezmo sostenga o mantenga la apostasía?

¿Por qué no lo envías a donde consideres mejor donarlo? ¡Podrías ayudar a personas necesitadas!».

Voces se han levantado aquí y allá para sostener la idea de que el diezmo no está en vigor y que esta práctica era una obligación solo para el pueblo de Israel.

Si no devuelves el diezmo porque piensas que la iglesia, como organismo, no está haciendo lo mejor, sabe una cosa:

La única ofrenda que Jesús recomendó mientras estuvo en la Tierra fue la ofrenda de la viuda pobre, que dio todo lo que tenía. La viuda estaba dando su ofrenda para una iglesia corrupta. Era la iglesia que Jesús frecuentaba. Esta iglesia se estaba preparando para matar al Hijo de Dios. Aquella viuda trajo su ofrenda como acto de adoración y fue señalada por el Maestro como la mejor ofrenda, porque Él entiende el motivo.

Probablemente el lenguaje más fuerte que Elena G. de White usó para enseñar sobre el diezmo fue:

«Si ellos [los pastores] fallan en la tarea de llevar ante la iglesia la importancia de devolver a Dios lo que le pertenece, están en peligro. Ellos deberían revisar sus responsabilidades. Siervo infiel está escrito en sus nombres en los libros del cielo» (Testimonios, tomo 4, pág. 256).

¡Dios No Necesita Dinero!

Conforme al capítulo 50 del libro de Salmos, Él es dueño de todas las cosas.

La iglesia necesita dinero, pero no tanto como las personas necesitan bendiciones.

Con el diezmo mostramos a Dios que confiamos en Su bondad, creemos en Su palabra y aceptamos Su autoridad; y, además, demostramos quién tiene el primer lugar en nuestra vida.